

LA ISLA DE PINE

o

El reciente descubrimiento de una cuarta isla cerca de la *Terra Australis Incognita*.

Por Henry Cornelius Van Sloetten.

CONTIENE una Relación verídica de unos individuos ingleses quienes, en tiempos de la Reina Elizabeth, cuando viajaban rumbo a las Indias Orientales, acabaron naufragando, yendo a encallar su nave cerca de la costa de *Terra Australis Incognita*. Salvo un hombre y cuatro mujeres, todos los demás perecieron ahogados.

En el ahora cumplido Año del Señor de 1667, una embarcación holandesa, que navegaba asimismo hacia las Indias Orientales, fue empujada por el mal tiempo al dicho lugar, topándose por casualidad con la posteridad, así sea dicho, de aquellos cinco, que alcanzaba, según sus cálculos, un total de diez o doce mil personas. La relación, escrita por el mencionado superviviente poco antes de su muerte, fue entregada completa por su nieto a un holandés de la tripulación de esta última nave, añadiéndosele la longitud y la latitud de la Isla y la dichosa configuración de que goza, junto con otras materias dignas de mención.



Con Licencia del 27 de Julio de 1668. Londres, impreso por Allen Banks y Charles Harper, junto a la puerta de las Tres Ardillas en Fleet-street, frente a la Iglesia de San Dunstán, 1668. Se añaden dos cartas referentes a la Isla de Pine y dirigidas a una persona de crédito en Covent Garden.

« En una carta llegada en el último correo de La Rochelle, y escrita a un mercader de esta ciudad, puede leerse que había tomado puerto una nave cuya tripulación daba noticia de que, a la altura de unas 200 o 300 millas del cabo de Finisterre, habíase topado con una isla, yendo a desembarcar en sus costas y encontrándose allí con alrededor de 2000 ingleses desprovistos de ropa, salvo un pequeño tapado que les cubría sólo a medias; y éstos les contaron que a su primera arribada a la isla, en tiempos de la Reina Elizabeth, eran sólo cinco personas, un hombre y cuatro mujeres los cuales, tras pasar por muchos peligros y vicisitudes, se vieron arrojados a esas costas y allí habían permanecido desde entonces, sin comunicación alguna con otros pueblos ni nave que atracase en sus orillas. La historia puede resultar fabulosa, pero la carta ha llegado a un conocido mercader en Francia, y de muy buena mano, así que he tenido a bien mencionarla, ya pueda encontrarse algún error en las leguas de distancia y el punto exacto de la brújula desde Finisterre. Algunos ingleses de aquí suponen que el enclave pueda tratarse de la Isla de Brasilia, tanto tiempo buscada al Suroeste de Irlanda; si así fuera, tiempo habrá para oír hablar de ella. Vuestro amigo y hermano Abraham Keek, en Ámsterdam, a 6 de julio de 1668. »

« Se ha dicho por aquí que el barco que descubrió la Isla de que os hablé en mi última carta, había partido de La Rochelle rumbo a Zelanda, y varias personas han realizado hasta ahora diligencias para averiguar su identidad y conocer la veracidad de sus empresas. Se me prometió una copia de la carta de Ámsterdam de 29 de junio de 1668 que, procedente de Francia, informaba sobre el arriba descrito descubrimiento de la Isla; pero no ha llegado aún a mis manos. Nada más tenerla, o cualquier otra novedad sobre esta Isla, os daré cuenta de ello. Vuestro amigo y hermano, A. Keek. »

Descubierta la Isla de Pine, cerca de la costa de *Terra Australis Incognita*, por Henry Cornelius Van Sloetten. Tal como se describe en una carta a un amigo de Londres, en la cual se confirma la autenticidad de su viaje a las Indias Orientales:

« Señor, al punto he recibido vuestra carta en la que expresáis vuestro deseo de que os dé cuenta detallada sobre el País de Pine, al que las borrascas nos empujaron el pasado Verano. Así que he releído el libro impreso que me enviasteis sobre ello, y cuya copia me fue burlada en secreto de mis propias manos. De no ser así, os habría ofrecido mayor y más cumplida información sobre las circunstancias por las que pasamos y cómo fuimos llevados a ellas, con otros detalles dignos de mención de los que carece la narración. En cualquier caso, para satisfacer vuestros deseos, os ofreceré una breve pero completa información de todo ello, junto con una copia auténtica del susodicho relato, esperando que no tengáis a mal mi tosco lenguaje, ya que carezco de estudios, por no ser yo más que un simple marinero, que no un hombre de letras. »

El 26 de abril de 1667 largamos velas desde Ámsterdam rumbo a las Indias Orientales, no teniendo nuestra nave otro nombre que el de su lugar de procedencia, el *Ámsterdam*, con una carga de 250 barriles. Impulsados por un fuerte viento, el siguiente 27 de mayo divisamos la gran cumbre de Tenerife, perteneciente a las Canarias. Rozamos apenas la isla de Palma, pero, tras esforzarnos dos veces por alcanzarla, el viento giró en nuestra contra y fuimos empujados hacia las islas de Cabo Verde o *Insulae Capitis Viridis*. Una vez allí, en la ciudad de Santiago, hicimos acopio de agua fresca, así como de unas cuantas cabras y gallinas, en las que abunda esta isla. El 14 de junio divisamos Madagascar o Isla de San Laurencio, que posee un contorno de 4000 millas, y está situada al Sur del Trópico. Siguiendo nuestro rumbo, aprovechamos para traficar con los nativos, entregándoles navajas, cristales y todo tipo de abalorios, y recibiendo a cambio especias y plata. Partidos de allí, y durante toda una quincena, nos vino al encuentro una violenta tempestad con los vientos en nuestra contra, devolviéndonos hasta la Isla De Príncipe. Durante todo ese tiempo enfermaron muchos de nuestros hombres, muriendo algunos de ellos. Pero, finalmente, quiso Dios que el viento nos fuera favorable, y continuamos felizmente nuestra travesía por el espacio de diez días, cuando, de repente, nos vimos sorprendidos por una tempestad tan violenta, que diríase que los cuatro vientos conspiraban de consuno en nuestra destrucción, tal que hasta el más animoso de todos nosotros desfallecía, esperando a cada instante que nos engulleran las olas del inclemente líquido elemento. La tormenta continuó durante quince días seguidos, bien que no con tanta violencia como al principio, pero con un tiempo tan oscuro y un mar tan agitado, que nos resultaba imposible saber dónde nos encontrábamos. Hasta que, de repente, cesó el viento, el aire se aclaró y las nubes se dispersaron, a lo que sobrevino un cielo sereno, por el cual dimos gracias de todo corazón al Todopoderoso, puesto que estaba más allá de nuestras expectativas que pudiésemos escapar a la violencia de semejante temporal. A continuación, uno de la tripulación se subió al palo mayor y descubrió un fuego, signo evidente de la proximidad de tierra firme, que al poco pudimos alcanzar a ver más de cerca. Nada más poner rumbo a ella, divisamos a varias personas corriendo confundidas por la orilla, pareciendo asombradas y presas de estupor por lo que veían. Acercándonos más a tierra, soltamos nuestro bote mayor con diez a bordo, que se dirigieron a la orilla y les preguntaron en nuestra lengua holandesa qué isla era aquélla, a lo cual respondieron en inglés que no entendían nuestras palabras. Uno de nuestra tripulación llamado Jeremiah Henzen, quien entendía bien el inglés, al escuchar sus palabras, se dirigió a ellos en su propio lenguaje, de modo que, a poco, fuimos invitados muy cortésmente a la orilla, donde nos vimos rodeados por un gran número, admirados de las ropas que llevábamos, tanto como nosotros lo estábamos por encontrar en tan extraño lugar a tanta gente que hablase inglés, yendo en cambio todos desnudos. Cuatro de nuestros hombres regresaron a la nave, y les costó convencer al resto de la tripulación de la veracidad de cuanto habían visto y oído. Pero, una vez fondeada la nave junto a la costa, fue digno de asombro el ver cómo todos esos isleños desnudos nos rodearon en bandadas, maravillados con nuestra embarcación, como si se hallaran ante el mayor milagro de la naturaleza. Fuimos tratados con mucha cortesía, ofreciéndonos todo tipo de alimentos

que la tierra ponía a su alcance, algo que no fue en modo alguno despreciado por nuestra parte. Comimos carne, tanto de animales salvajes como de aves de caza, que habían preparado pulcramente, si bien con poca elaboración ni adobo alguno, tal vez por carecer de recursos para ello. A modo de pan, tomamos el fruto o la pulpa de una gran nuez del tamaño de una manzana, muy saludable y nutritiva para el cuerpo y de sabor muy agradable al paladar. Una vez satisfechos, nos invitaron al palacio de su Príncipe o Gobernador, que estaba a una distancia de dos millas desde el lugar en donde habíamos tomado puerto. Al llegar, nos encontramos con una construcción que no era más que un vulgar caserón, en todo semejante a los más grandes que tenemos en nuestros pueblos, sostenido por vigas de madera basta y sin pulir, y cubierto con mucho artificio por ramajes, dispuestos a fin de evitar las más fuertes lluvias. Los laterales se veían adornados por varios tipos de flores que los fragantes campos del lugar producen en gran variedad. El Príncipe en persona (cuyo nombre era William Pine, nieto de George Pine, el primer hombre en abordar esta isla) acudió a la puerta del palacio y nos saludó muy amablemente, pues, aunque no hubiera en él ninguna muestra de majestad, poseía ese talante noble, caballeroso y galante de que vuestra Nación británica (en especial los gentilhombres) está bien dotada. A poco de saludarnos, acudió su Señora o esposa, aparentemente venida de su casa o palacio y atendida por dos doncellas. Era una mujer de exquisita belleza y llevaba en la cabeza algo así como una diadema de flores de varios colores que la hacía aún más digna de admiración. Se recubría sus vergüenzas con piezas de antiguos vestidos, retales según creo de aquellas ropas que habían llegado hasta ella, adornados también con flores, que volvían muy hermosos todos esos trapajos. Y en efecto, tanto prevalece el pudor del sexo femenino en esta isla, que, mediante hierbas y flores entrelazadas y bien sujetas con ramas jóvenes de olmos (que crecen allí en abundancia), se fabrican con qué cubrir esas partes que la sola naturaleza debería mantener ocultas. Como presente, le llevamos al Príncipe unos cuantos cuchillos, de los que pensamos estaban necesitados, así como un hacha o hachuela con que cortar madera, que fue muy bien recibida por su parte, ya que la única que poseían, ya vieja y que había sido arrojada por la borda en su primer y ya lejano desembarco, estaba demasiado roma y herrumbrosa como para poder cortar nada. Le obsequiamos con unas cuantas cosas más, que él aceptó agradecido, invitándonos a entrar a su casa o palacio y ofreciéndonos asiento junto a él. Allí volvimos a reponernos, comiendo algunas viandas más del país, que no eran otras que las que habíamos probado antes. Siendo allí el mismo el condumio del Príncipe que el del campesino, tampoco hay diferencia en lo referente a la bebida, que no es sino el agua dulce que los ríos les proporcionan en abundancia. Tras una breve pausa, aquéllos de nuestros compañeros que hablaban inglés, obedeciendo a nuestros requerimientos, desearon conocer de sus labios lo relativo a sus orígenes, y de qué manera toda esa gente, que hablaba la lengua de tan remoto país, había llegado a establecerse en esos parajes, no poseyendo, como bien constatamos, ni barco ni bote alguno que los hubiera podido trasladar desde allí. Y lo que es más, ignorando tanto lo que era una nave como el arte de navegar, único medio posible para semejante menester. Correspondiendo a nuestros interrogantes, el Príncipe nos contestó con suma cortesía:

« Amigos (ya que vuestro proceder nos prueba a las claras que lo sois, como el nuestro hará lo propio), sabed que habitamos esta Isla sin habernos establecido en ella mucho tiempo atrás, ya que mi abuelo, el primero que puso pie en sus costas, había nacido en un lugar llamado Inglaterra, según él mismo me dio a entender. Vino por las aguas desde allí en una cosa llamada nave, algo de lo que nada puedo decir que vos no sepáis mejor que yo. Lo acompañaban varias personas más, no con la intención de llegar hasta aquí, sino, según me dijo, a un lugar llamado India, cuando un temporal los empujó a esta costa, a él y a sus compañeros. Encallándose entre las rocas, la nave acabó hecha pedazos, ahogándose en las aguas el resto de la tripulación y salvándose sólo él y cuatro mujeres. De forma que los cinco, valiéndose de una pieza desgajada de la nave y con el sufragio divino, consiguieron alcanzar tierra firme. Cuanto ocurrió después — continuó —, aún en vida de mi abuelo, os lo mostraré en una relación sobre ello, escrita de su propia mano y que le entregó a mi padre, por tratarse de su hijo mayor, encargándole que la cuidase con especial esmero y asegurándole que, con el tiempo, llegarían aquí otros pueblos o gentes a quienes darles cuenta de la narración, pues la verdad sobre nuestro primer establecimiento aquí no debía quedar en el olvido. Mi padre obedeció y cumplió lealmente con el encargo, pero, al no aparecer nadie por estas tierras, me encomendó que hiciera yo lo mismo a su muerte. Y en siendo vosotros las primeras personas, fuera de nosotros mismos, jamás arribadas a esta isla, y obedeciendo yo el mandato de mi abuelo y de mi padre, os ofrezco a vosotros de buen grado la dicha relación. »

Subió entonces a una especie de cuarto reservado, que supusimos tratarse de su propia cámara, y trajo consigo dos pliegos de papel primorosamente escritos en inglés, que contenían esa misma relación que vos disteis a la imprenta en Londres, dándoles él mismo lectura con mucha claridad. Por nuestra parte, le escuchamos con gran complacencia y admiración y él nos proporcionó de buena gana una copia del tratado. Esa copia, que después nos llevamos con nosotros, es la que sigue a continuación.

[Aquí comienza aquí la primera parte del tratado.]

Habiendo descubierto los portugueses poco tiempo ha una ruta marítima hacia las Indias Orientales que, rodeando el sur de África, resulta mucho más segura y ventajosa de lo que lo habían sido las otras hasta ahora, unos mercaderes ingleses pusieron su empeño en establecer allí una colonia para su aprovechamiento comercial, movidos por los grandes beneficios del intercambio con el Oriente. Y con este propósito se dotaron cuatro naves, tras de haber obtenido licencia de la Reina Elizabeth con fecha del 11 o 12 de comienzos del *Anno Domini* de 1569. Mi patrón fue enviado en una de ellas para establecerse allí y encargarse de tratar y negociar para ellos, llevándose consigo a toda su familia, esto es, su esposa y dos hijos, uno que contaba con unos 12 años de edad, y la otra de unos 14; a ellos se sumaban dos sirvientas, una esclava negra y yo mismo, que figuraba a sus órdenes como contable. Con esta compañía, y llevando todo cuanto fuera preciso para el uso doméstico una vez asentados allí, embarcamos un lunes, 3 de abril del mismo año, a bordo de una gran nave llamada “Mercader de Indias”, llevando una carga de alrededor de 150 toneles. Con un buen viento a nuestro favor, a los catorce días

de navegación alcanzamos las Canarias, y no mucho después las Islas de Cabo Verde, donde aprovechamos para proveernos de alimentos frescos y de todo lo necesario para nuestra travesía. Continuamos rumbo a Sureste y divisamos el 1 de agosto la Isla de Santa Helena, donde hicimos acopio de agua fresca, para dirigirnos después hacia el Cabo de Buena Esperanza. Allí quiso Dios bendecirnos con una enfermedad que se llevó a algunos de nuestra tripulación, aunque a nadie de nuestra familia, y a partir de entonces tuvimos un tiempo muy calmo gracias a Dios. Pero, cuando ya teníamos a la vista la Isla llamada de San Laurencio, una de las más grandes del mundo según afirman los marineros, fuimos arrastrados y dispersados por un temporal de viento que se mantuvo hasta 8 días, con tal violencia que llegamos a perder toda esperanza de salvarnos, sin saber si acabaríamos encallados o entre las rocas, inciertos durante la noche sin el menor consuelo de luz, presas del miedo, sólo aguardando la llegada del día, y con él la anhelada tierra firme. Por fortuna, ésta llegó cuando menos lo esperábamos, que sería en torno al 1 de octubre, pues el miedo nos había hecho perder la cuenta del tiempo transcurrido. Al romper el día, divisamos tierra que, aun sin tener idea de qué lugar podía tratarse, nos pareció empinada y rocosa, lo cual sumándose a que el mar seguía siendo borrascoso y tempestuoso, nos dejó sin esperanza alguna de salvación, más bien aguardando nuestra perdición de un momento a otro. Siendo inminente el encontronazo con la costa, y no sirviéndonos de refugio la nave, que ya veíamos pronta a quebrarse en mil pedazos, el capitán, mi patrón y algunos otros, pensando que con ello salvarían la vida, soltaron y se lanzaron al bote mayor. Justo después, todos los marineros saltaron por la borda, pensando en salvarse a nado. Sólo quedamos a bordo la hija del patrón, las dos sirvientas, la negra y yo mismo, ya que ninguno de nosotros sabíamos nadar; y bien les valiera al caso, a los que nos dejaron, haberse retardado junto a nosotros, ya que a todos o casi todos los fuimos viendo perecer, listos nosotros a correr su misma suerte. Pero, como por milagro, quiso Dios ahorrarse nuestras vidas, aunque fuese a costa de más penalidades. Ya que, cuando por fin chocamos contra las rocas, nuestra nave, tras aguantar dos o tres empujones, acabó destrozada y a medio hundir entre las aguas. Mientras que nosotros permanecíamos a duras penas sobre el bauprés quebrado, la nave, o lo que quedase de ella, fue a parar a una pequeña ensenada por la que corría un riachuelo el cual, resguardado por las rocas, quedaba a salvo de los vientos, de tal forma que tuvimos la oportunidad, los cuatro junto a la negra, de saltar a tierra, si bien medio asfixiados. Desde lo alto de una empinada roca pudimos contemplar aterrorizados la espantosa destrucción. Yo conservaba en el bolsillo una cajita de yesca que, bien cerrada que estaba, conservaba la mecha seca; también tenía la pieza de acero y el pedernal, listos para hacer fuego en cualquier momento, y ésta resultó ser la mejor ocasión. Así que, con este propósito, y sirviéndonos de todos los restos de leña seca que encontramos, hicimos fuego y pudimos secarnos. Hecho esto, dejé a mi compañía femenina y fui a ver si conseguía encontrar a alguno de nuestros compañeros de viaje que se hubiese salvado del desastre. Pero no me topé con nadie, a pesar de las voces que di, haciendo todo el ruido posible. Ni siquiera escuché las pisadas de ninguna criatura viviente, salvo de unos cuantos pájaros y aves silvestres. Entretanto, la tarde se había echado encima, así que regresé

con mis compañeras, que ya estaban preocupadas por mi ausencia. Las encontré tal cual las había dejado, y empezamos entonces a temer que los pueblos salvajes del país dieran con nosotros, aunque no distinguimos pisadas de ninguno, ni nada parecido a una vereda. Los bosques de los alrededores, llenos de rosas silvestres y de zarzas, nos hicieron ahora temer la presencia de bestias salvajes, pero no advertimos el menor rastro de ellas. Aunque, ante todo, lo que más temíamos, y con razón, era acabar muriendo de hambre, al carecer de comida. Pero Dios nos proveyó en abundancia, como veréis a continuación. Así que nos empleamos en recoger algunos restos de la embarcación destrozada, como tablas y maderamen y los jirones desgarrados de velas y jarcias que quedaron flotando en las orillas, pensando en servirnos de ellas como refugio. Yo levanté dos o tres mástiles e hice pasar entre los árboles otros tantos cordajes y sogas, colocando sobre todo ello algunos restos del velamen. Una vez provistos de leña y de tres o cuatro atuendos marineros, y ya bien secos, nos hicimos con nuestro alojamiento para esa noche. Ya que la morita era más resistente a las inclemencias, ocupamos los otros cuatro el centro del garito. Dormimos profundamente esa noche, por no haberlo podido hacer las tres o cuatro anteriores, angustiados por lo que nos esperaba. Ni nuestro incómodo alojamiento ni el temor a cualquier peligro inminente consiguieron evitar que cesáramos en nuestro estado de alerta. Al día siguiente, ya repuestos del sueño, el viento había cesado y hacía una agradable temperatura. Bajamos hasta las rocas de la orilla y allí encontramos gran parte de nuestro cargamento, depositado sobre la arena o flotando en su cercanía. Con la ayuda de mi compañía, arrastré hasta la orilla la mayor parte, que pesaba al punto de quebrarnos. Desguazamos las barricas y los zunchos y sacamos todo lo que nos pudiera sernos de utilidad, poniéndolo en lugar seguro. No precisábamos de ropa, ni de ningún otro utillaje doméstico, teniendo en cuenta que no íbamos a disponer de ninguna casa mucho mejor que la que ya teníamos; tampoco de provisiones, que, en todo caso, se habían echado a perder con las aguas. Tan sólo recuperamos de una cuba que, por ser más ligera que el resto, se había conservado seca, unos bizcochos que nos sirvieron de pan durante un tiempo. Encontramos tierra adentro un ave del tamaño aproximado de un cisne, gruesa y pesada, lo cual le impedía volar, por lo que no tuvimos dificultad alguna en darle caza y convertirla en nuestro primer alimento. Habíamos traído de Inglaterra unos cuantos gallos y gallinas para comer durante el viaje y, cuando la nave se estrelló, varios consiguieron de algún modo llegar a tierra y comenzaron enseguida a criar; así que nos habrían de resultar de gran provecho en el futuro. Encontramos además, en los márgenes de un riachuelo, un gran número de huevos con la albura y la yema parecidas a las de nuestros patos y de muy buen sabor. De modo que no necesitábamos mucho más para sobrevivir. Al día siguiente, que hacía el tercero de nuestra llegada, nada más amanecer, y en no habiendo nada que nos perturbase, fui en busca de un lugar conveniente para residir, donde pudiésemos construirnos una cabaña que nos resguardase del mal tiempo y nos permitiese sentirnos seguros frente a cualquier otro peligro o tribulación como las bestias salvajes, caso de que vinieran a nuestro encuentro. Di con el lugar adecuado junto a un gran manantial, que brotaba en los márgenes de un bosque y en lo alto de una colina elevada que miraba al mar, ofreciendo una magnífica perspectiva. Con la ayuda

de un hacha y de algunos otros utensilios, ya que habíamos perdido la mayor parte de nuestras herramientas en el agua, me las avié para cortar unos postes lo más rectos que pude, los imprescindibles para mi propósito; con la colaboración de mis compañeras, que la necesidad obliga, excavé unos hoyos en la tierra, hincando en ellos los postes a igual distancia, clavando en ellos los tablonces rotos de toneles, restos del camarote y otras cosas parecidas, dejando la entrada cara al mar y cubriendo el techado con el velamen bien sujeto y tensado. Así que, en unas pocas semanas, tuvimos construida una espaciosa cabaña, lo bastante grande como para resguardar nuestros escasos enseres y a nosotros mismos. Instalé también nuestras hamacas para acomodarnos allí, siempre con la esperanza de que placiera a Dios enviar una nave por esa zona y de regresar al hogar, cosa que nunca ocurrió, por hallarse el lugar, tal como yo suponía, fuera de toda ruta. Llevábamos ya viviendo así cuatro meses, lo suficiente como para haber visto u oído alguna población salvaje, o a cualquiera de nuestra tripulación que hubiese sobrevivido. Pero salvo nosotros, ni rastro de unos ni de otros. La experiencia nos demostró que todos los demás se habían ahogado, y el lugar, por lo que supimos, era una gran isla, del todo separada y fuera de la vista de cualquier otra tierra, y por completo deshabitada, incluso de bestias dañinas que pudiesen molestarnos. Por contra, el país resultaba muy agradable, siempre cubierto de verdor, lleno de deliciosos frutos y una gran variedad de pájaros, casi siempre cálido y nunca más frío que Inglaterra en el mes de septiembre. En suma, pudimos constatar que estas tierras, sólo a falta de cultivarse por gente preparada para ello, podrían tomarse por un auténtico Paraíso. Los bosques nos proveían de una especie de nueces, del tamaño de grandes manzanas, cuyo fruto, seco y sabroso, nos sirvió a falta de pan. Contábamos también con esas bandadas de pájaros antes mencionadas, así como con una especie de aves acuáticas parecidas a los patos y sus huevos, además de un animal del tamaño de una cabra y casi igual a ella, que paría dos crías en cada camada, y ésta dos veces al año, y que abundaba en las tierras bajas y los bosques, tratándose de unas criaturas mansas e inofensivas, por lo que era fácil atraparlas y sacrificarlas. En fin, contábamos con gran cantidad de moluscos, que podíamos recoger sin dificultad. Así que, en lo referente a la comida, no precisábamos de nada. Gracias a todas esas facilidades, continuamos de tal modo durante seis meses, sin turbación alguna y sin carecer de nada. La ociosidad y la abundancia de todo lo necesario engendró en mí el deseo de gozar de las mujeres. Tras familiarizarme con ellas, persuadí a las dos sirvientas de que yacieran conmigo, lo cual hicimos al principio en privado. Pero después, la costumbre se llevó consigo el pudor, no habiendo allí más gente que nosotros, y lo hicimos más a las claras, dando vía libre a nuestros placeres. No tardó mucho la hija de mi patrón en disfrutar también de nuestras prácticas. La verdad es que todas eran mujeres bien parecidas cuando aún iban vestidas, bien formadas y dotadas. Dado que no nos faltaba la comida, y viviendo en completa ociosidad, nos sentíamos en completa libertad para hacer nuestra voluntad, sin prevenimos de que el retorno al hogar nos hiciera avergonzarnos de nuestra licencia. La primera de mis consortes, la más guapa y espigada, concibió enseguida un niño. La segunda fue la hija de mi patrón, y la otra no tardó en verse en el mismo estado, no quedando más que mi Negra quien, aun conociendo bien lo que veníamos haciendo, se

tomó su tiempo en imitarnos. Hasta que una noche, estando yo dormido, aprovechando la oscuridad y con el consentimiento de las otras, se me arrojó con seductores arrumacos. Yo me desperté, la sentí y supe quién era: por más que intenté notar la diferencia, me gocé con ella como con cualquiera de las otras. Aunque se tratase de la primera vez, esa misma noche resultó preñada, así que, a sólo un año de permanecer allí, todas mis mujeres tenían un niño mío. Al ir naciendo en diferentes estaciones, resultaron ser de gran ayuda entre ellos.

La primera me dio un robusto varón; la hija del patrón, que era la más joven, dio a luz una niña, y lo mismo hizo la otra sirvienta, que resultó ser más tarda en su cometido. La negra, sin sufrir dolor alguno, me trajo al mundo una hermosa niña blanca. Así que tuve un hijo y tres hijas y, encontrándose pronto las mujeres recuperadas, las dos primeras ya estaban encintas de nuevo antes de que me llevara al lecho a las dos últimas, ya que tenía por costumbre no yacer con ellas cuando estaban preñadas, esperando a que las otras se encontrasen ya bien repuestas, y en ningún caso con la negra, que se quedaba embarazada al punto de acostarme con ella, algo que hacía siempre de noche, pues me producía cierto rechazo, a pesar de que era una de las mujeres de color más hermosa que había visto, y sus hijos semejantes en todo a los demás. No teníamos ropa para ellos, así que, una vez amamantados, los poníamos a dormir en sus pesebres sin cuidarnos de ellos, porque sabíamos que, cuando se marcharan una vez crecidos, vendrían otros, no fallando en eso las mujeres, como mínimo una vez al año. Con todo, a pesar de las carencias en que los teníamos, ninguno de los niños enfermó, así que, a falta únicamente de ropa, y más por simple decencia que por cualquier otra causa, dado que el calor del país y la costumbre suplían este defecto, nos encontrábamos bien satisfechos en estas condiciones. Nuestra familia empezó a crecer y ya era numerosa nuestra descendencia, por lo cual, y en no existiendo ningún peligro que pudiera dañarnos, dejábamos muchas veces a los niños por los alrededores, en sus filas de cunas y al resguardo de algún árbol: de la misma manera (pues no había otra cosa que pudiéramos hacer) en que yo mismo me había reservado varios árboles para dormir con mis mujeres a plena luz del día, que así pasábamos el tiempo tanto ellas como yo, no queriendo ninguna alejarse ni un momento de mi compañía.

Ya que no cabía pensar siquiera en regresar a casa, determinamos y nos juramos unos a otros no partir del lugar por separado ni dejarnos a solas. Mis diversas mujeres habían ya dado a luz a 47 niños, entre varones y hembras, pero en su mayoría hembras, que crecían con gran rapidez, así que nos sentíamos tan unidos carnalmente y en un país que se comportaba de manera tan favorable, que ya no precisábamos de cosa alguna. La negra, después de parir a doce, fue la primera en dejar de engendrar, así que dejé de yacer con ella. La hija de mi patrón, con la que tuve la mayor parte de mis hijos por ser la más joven y atractiva de todas, era también la que más se placía de mí, y yo de ella. Y así vivimos durante dieciséis años, cuando nos dimos cuenta de que mi hijo mayor tenía ya en mente los mismos impulsos naturales que él mismo nos había visto practicar. Le concedí una esposa y lo mismo hice con el resto, tan pronto como iban creciendo y

estaban capacitados para ello. Mis mujeres ya habían dejado de engendrar y mis hijos comenzaron a reproducirse con enorme rapidez, así que íbamos camino de convertirnos en una multitud. Mi primera esposa me había dado trece hijos, la segunda siete, la hija de mi jefe quince y doce la negra: cuarenta y siete en total. Cuando hacía ya 22 años que estábamos allí, mi negra murió de repente, sin que yo supiera qué podía haberle hecho daño. La mayoría de mis hijos habían crecido y los habíamos casado enseguida. Los fui enviando y estableciendo al otro lado del río en varias tandas y a su antojo, para no molestarnos los unos a los otros, ahora que eran adultos y andaban bien casados a nuestro modo, exceptuando a dos o tres de los más jóvenes. Siendo yo también entrado en años, no quería soportar sin motivo la presencia de su joven compañía. Ya rondaba yo los cincuenta años, y me acercaba a los cuarenta desde mi estancia en esas tierras, dándome durante todo ese tiempo más y más crías, alcanzando mi descendencia habida con mis cuatro mujeres, entre hijos, nietos y bisnietos, los quinientos cincuenta y cinco de ambos sexos. Yo escogía a los varones de una familia y los casaba con las hembras de otra, evitando que desposaran a sus hermanas, cumpliendo así con lo que se había hecho siempre desde la antigüedad. Dando gracias a Dios por su bondad y providencia, me despedí de ellos, no sin antes haberles enseñado a algunos a leer adecuadamente y, ya que conservaba una Biblia, les encomendé que leyeran una página una vez al mes, reunidos en asamblea general. Finalmente, una de mis esposas falleció a la edad de 68 años, enterrándola yo en un lugar elegido a tal efecto, y un año después falleció otra, de modo que sólo me quedó la hija de mi jefe, junto a la que viví otros doce años más hasta que murió igualmente, dándole yo mismo sepultura en un lugar en el que había previsto que se me enterrara a mí mismo; junto a mí la muchacha alta, mi primera esposa, la negra a su lado y separada de ella, y por fin la otra muchacha junto a la hija de mi patrón. Ya no tenía otra cosa en que pensar, salvo el lugar en donde iba a pasar el resto de mis días, siendo ya muy viejo, con casi ochenta años. Le entregué la cabina y el resto de equipaje que había quedado del naufragio a mi hijo mayor, para que hiciera uso de ellos tras mi deceso. Él se había casado con mi hija mayor, la que tuve con mi amada esposa, y yo lo había nombrado rey y gobernador de todos los demás. Le había dado a conocer las costumbres de Europa, encargándole que recordase la religión cristiana a su manera, y que continuasen hablando la misma lengua sin tolerar ninguna otra, caso de que en algún momento llegasen otros a descubrirlos. Por fin y de una vez por todas, los reuní y los hice acudir a mí para que pudiera contarlos uno a uno, y esto fue cuando yo ya tenía los ochenta años cumplidos, cincuenta y nueve desde mi llegada a la isla, estimando su número en unos mil setecientos ochenta y nueve entre los dos sexos. Rogando a Dios que los multiplicara y protegiera con la auténtica luz del Evangelio, me despedí de todos ellos, puesto que, siendo yo ya muy viejo y con la vista desgastada, no me cabía esperar vivir mucho más tiempo. Le entregué esta narración, escrita por mi propia mano, a mi hijo mayor, que vivía ahora conmigo, encomendándole que la guardase para que, dado el caso de que arribasen allí por casualidad algunos extranjeros, les permitiesen leerla y hacer copia de ella si así lo considerasen necesario para que nuestro nombre no se borrara de la tierra. Doté a toda esta población, mi descendencia, con el patronímico de English Pine, por ser mi nombre George Pine y el de la hija de mi

patrón Sarah English. Mis otras dos esposas se llamaban, la una Mary Spark y la otra Elizabeth Trevor, por lo que sus diversos descendientes son llamados los English, los Sparks, los Trevors y los Phills, estos últimos por el nombre cristiano de la negra, llamada Philippa y sin apellidos. Y el nombre genérico de todos es el de los *English Pines*, que Dios bendiga con el rocío de los cielos y el fruto de la tierra. Amén.

[Aquí termina la Primera Parte.]

Después de leerla y de procurarnos una copia de la Relación, prosiguió así con su discurso:

«Cuando escribió esto, mi abuelo, como hemos oído, tenía ya ochenta años de edad, y había dejado un total de mil setecientos ochenta y dos descendientes, todos procedentes de los que engendró su bajo vientre en sus cuatro mujeres mencionadas. Concebido por su esposa Mary Spark, mi padre, llamado Henry, era el hijo mayor, y fue a él a quien nombró Gobernador y Legislador de todos los demás, otorgándole este cargo, no para que lo ejerciese con tiranía sobre el resto, sino teniendo en cuenta que sus súbditos eran sus hermanos por parte de padre (de lo cual no cabía la menor duda, no siendo posible comercio alguno con otro hombre), y exhortándolo a ejercer la justicia y la equidad entre ellos y a no dejar que la religión desapareciera con ellos, sino más bien que observasen y conservaran esos preceptos que él les había enseñado, hasta que por fin rindió su alma en paz y fue enterrado entre grandes lamentos de sus hijos. «

» Mi padre comenzó a legislar y, por haber crecido mucho la población, los envió a que fueran a descubrir el resto del país, que encontraron ser a la medida de sus necesidades, bien poblado tanto de aves como de bestias, y éstas inofensivas para el hombre. Era como si a esta tierra, sobre la cual nos había depositado la providencia sin ningún tipo de armas ni defensas para protegernos ni atacar a otros, la misma providencia la hubiese preservado tan deshabitada como para que no precisáramos de ellas para preservar nuestras vidas. Pero como es imposible que dejen de producirse desórdenes entre las multitudes, al intentar el más fuerte oprimir al más débil, y no siendo los lazos de la religión lo suficientemente fuertes como para sujetar la naturaleza depravada de la humanidad, comenzaron a surgir disputas entre ellos y bien pronto abandonaron aquellos buenos consejos que les había dejado mi abuelo. La fuente de donde brotaron los primeros disturbios fue, en mi opinión, la negativa a escuchar la Biblia que, según las prescripciones de mi abuelo, tenía que ser leída una vez al mes en asamblea general. Pero los había muchos que se habían extendido por el interior del país y bien pronto dejaron de acudir, descuidando también todas las instrucciones cristianas; por lo cual, habiendo perdido en sí mismos el sentido del pecado, cayeron enseguida en la prostitución, el incesto y el adulterio. De modo que aquello que mi abuelo se había visto obligado a hacer por necesidad, ellos lo hicieron por lascivia, no manteniéndose en los límites de lo honesto: yacieron juntos y abiertamente hermanos con hermanas, y los que no se rendían voluntariamente a sus abrazos obscenos eran violados por la fuerza, muchas veces con peligro de sus vidas. «

» Para enderezar semejantes enormidades, mi padre reunió a toda la asamblea y les denunció las perversiones de sus parientes, y todos los reunidos estuvieron de acuerdo en que fueran severamente castigados. Así que se hicieron de ramas, piedras y otras armas semejantes y marcharon contra ellos. Advertidos de su llegada y temiendo su merecido castigo, algunos de ellos corrieron a ocultarse en los bosques, y otros cruzaron un gran río que corre atravesando el centro de nuestro país, arriesgándose a ahogarse con tal de escapar al castigo. Pero fue capturado el mayor ofensor de todos, llamado John Phill, el segundo hijo de la negra que llegó a la isla con mi abuelo. Probada su culpabilidad en diversas violaciones y atrocidades cometidas por él, fue condenado a muerte y arrojado al mar desde una alta roca, pereciendo en las aguas. Una vez ejecutado éste, a los demás se les concedió el perdón por sus delitos pasados, lo cual, una vez hecho público, hizo que retornasen de esos lugares oscuros y apartados en los que habían ido a esconderse. Ahora bien, lo mismo que la semilla que se siembra en el maloliente estercolero produce en cambio un fruto salúífero para el sustento de la vida del hombre, de igual modo, las malas acciones produjeron Leyes buenas y sanas para la preservación de la sociedad humana. Poco después, mi padre, asistido por algunos otros miembros de su Consejo, ordenó y estableció estas leyes para que todos las observaran:

» 1. Cualquiera que blasfemase o usara de manera irreverente el nombre de Dios, sería llevado a la muerte.

» 2. Aquél que se ausentase, sin motivo probado y suficiente, de la asamblea mensual para escuchar la lectura de la Biblia, a la primera falta sería retenido sin comida ni bebida durante cuatro días; y, si volvía a cometerla, sería condenado a muerte.

» 3. Aquél que forzase o violase a una muchacha o una mujer, sería entregado a las llamas hasta morir, encargándose la víctima de prender fuego en la leña que debía abrasarlo.

» 4. Para aquéllos que cometiesen adulterio, tras el primer crimen, el hombre perdería sus partes pudendas, y a la mujer se le arrancaría el ojo derecho y, si volvía a ser descubierta cometiendo el mismo acto, moriría sin merced.

» 5. Aquél que dañase a su vecino en alguno de sus miembros, o le robase alguna de sus pertenencias, sufrirá en sí mismo la pérdida del miembro dañado y, por haber robado a su vecino, pasará a convertirse en su sirviente hasta en tanto le devuelva el doble de lo quitado.

» 6. Quien quiera que difame o hable mal del Gobernador, o bien se niegue a acudir a su presencia tras ser requerido, recibirá pena de azotes y después será excluido del trato con los demás habitantes.

» Una vez formuladas estas leyes, eligió a varios de sus subordinados para que velasen por su cumplimiento, y de ellos, uno pertenecía a los English, la rama procedente de Sarah English; otro de su propia tribu, los Sparks, un tercero de entre los

Trevors y el cuarto de los Phills, instándolos a todos a que se presentaran ante él todos los años en determinada fecha y le ofrecieran un informe de cuanto habían hecho en pro de la ejecución de dichas leyes. Tras haber organizado así el país, mi padre vivió en paz y tranquilamente hasta la edad de 94 años y, tras su fallecimiento, lo sucedí yo mismo en su cargo, continuando en paz y sosiego hasta el presente. »

Terminada su alocución, le dimos gracias de todo corazón por su información, asegurándole estar dispuestos a procurarle todo lo que estuviese en nuestras manos, sintiéndonos dichosos de satisfacerle en con cuanto desease. Tras lo cual, y estando ya todo preparado para nuestra partida, antes de marcharnos nos solicitó para el día siguiente, que era el previsto para su gran asamblea o encuentro mensual para la celebración de sus prácticas religiosas. De modo que al otro día acudimos a verle de nuevo, siendo recibidos con la misma gentileza. Nos produjo gran admiración el contemplar a esa gran masa de gente reunida en tan pequeño espacio. En primer lugar, se celebraron varios matrimonios siguiendo el siguiente ritual: el novio y la novia se presentaron ante él, que cumplía las funciones de Sacerdote y Lector de la Biblia, junto con los padres de cada uno de los contrayentes; caso de haber fallecido alguno de sus progenitores, lo sustituía el pariente más cercano, sin cuyo consentimiento o el de una de las partes el Sacerdote no se prestaba a unirlos. Satisfecha esta condición, tras unas breves oraciones y juntando las manos de los novios, los declaró marido y mujer, exhortándoles a que vivieran en perfecto acuerdo y amándose el uno al otro, así como en paz con sus vecinos, y concluyendo con algunas oraciones antes de despedirlos. Concluidas las bodas, cada cual ocupó su lugar para escuchar la lectura de la Palabra, los recién casados recibiendo el honor por ese día de sentarse junto al Sacerdote. Éste leyó dos o tres capítulos, pronunciando a continuación una aclaración de los pasajes más difíciles y, mientras tanto, todo el mundo permaneció muy atento. La práctica se extendió unas dos o tres horas y, una vez terminada, el Sacerdote la culminó con unas cuantas oraciones. Pero la población respetó estrictamente el resto de la jornada, absteniéndose de todo tipo de juegos y pasatiempos con los que se entretenían los demás días, por no precisar de nada que no fueran las vituallas, que obtenían en abundancia y se les ofrecían prácticamente al alcance de la mano. Terminadas sus prácticas religiosas, nosotros volvimos de nuevo a nuestra nave y, al día siguiente, llevamos con nosotros unas cuantas aves de corral y, dejando a la mitad de la tripulación resguardando el barco, los demás nos adentramos en el país para inspeccionarlo a fondo. Esa misma mañana, y durante todo el recorrido, nos fuimos encontrando con muchas pequeñas cabañas o chozas de los habitantes, construidas bajo los árboles y recubiertas con ramas, hierbas y materiales semejantes para guarecerlas del sol y de la lluvia. Cuando pasábamos junto a ellas, salían a nuestro encuentro asombrados por nuestro atuendo y manteniéndose a prudente distancia, como si nos tuvieran miedo. Pero nuestro compañero que hablaba inglés, dirigiéndose a ellos en su propia lengua con buenas palabras, consiguió que se acercasen, e incluso algunos de ellos propusieron libremente acompañarnos, lo cual aceptamos de buena gana. Pero, tras haber recorrido algunas millas, uno de nuestro grupo comenzó a ojear a un animal semejante a una

cabra hasta que la tuvo a tiro, la apuntó y descargó su arma, atravesándole el vientre con varias balas, que la dejaron muerta sobre el suelo. Toda esa pobre gente desnuda y desarmada, al contemplar a la bestia caída y revolcándose en su propia sangre, pusieron pies en polvorosa, corriendo de vuelta lo más deprisa posible, sin que sirvieran de nada las palabras persuasivas de nuestro compañero, asegurándoles que no tenían nada que temer; así que nos vimos obligados a continuar sin su compañía. Durante todo el recorrido estuvimos escuchando la deliciosa armonía de las aves canoras, y contemplando la tierra fértil y abundante en árboles, arbustos y todo tipo de flores, tales que sólo puede producir la naturaleza sin ayuda de cultivo. Vimos igualmente muchas clases de bestias, que no se mostraban tan fieras como en otras regiones. Que esto se deba a que, por tener el suficiente alimento con que saciarse, no necesiten masacrar a otros, o bien a que nunca habían tenido a la vista al hombre ni escuchado la explosión de sus armas mortíferas, es algo que dejo a otros decidir. Vimos árboles cargados de frutos, algunos de los cuales, que comprobamos no ser perjudiciales ni desagradables al paladar y, sin duda porque la naturaleza suple y supera al artificio, igualaban e incluso excedían a muchos de nuestros países europeos. Los valles estaban cruzados por numerosas torrenteras, y con seguridad la tierra escondía venas de minerales, sobrados para satisfacer los deseos de los más codiciosos. Nos resultó extraño el observar que un terreno tan fértil y que nunca había sido habitado nos ofreciera no obstante un paso tan despejado, sin el estorbo de matojos, abrojos y espinos que obstaculizan el tránsito en la mayoría de las islas semejantes, siendo tan sólo la altura de la hierba, siempre cubierta de flores, el único impedimento con que nos topamos. Viajamos así durante seis días seguidos, dejando varias marcas en nuestro camino para que nos guiaran a nuestro regreso, por no saber si contaríamos con la ayuda de las estrellas que guiasen nuestro retorno, como habían hecho en nuestro avance. Finalmente, fuimos a encontrarnos con el vasto océano, al otro extremo de la isla, la cual, según nuestros cálculos, tenía forma ovalada, sólo rota aquí o allá por algunos promontorios. Por lo que pude observar, contaba con pocos puertos practicables, ya que sus costas rocosas la hacían casi del todo inaccesible. Su largo debe de alcanzar unas doscientas mil millas y su anchura unas cien mil, con un perímetro en total de alrededor de quinientas. Se sitúa aproximadamente a unos 76 grados de longitud y a 20 de latitud, sometida al tercero de los climas. Su día más largo tiene una duración de trece horas y cuarenta y cinco minutos. En cuanto a su clima, como el de todos los países australes, es mucho más cálido que el nuestro de Europa, pero todo cuanto el sol seca durante el día se refresca de noche por las frías gotas del rocío. Podemos juzgar lo saludable que es su aire por la longevidad de sus habitantes actuales, que no mueren nunca antes de sobrepasar la madurez, alcanzando algunos una edad muy avanzada. Y ya que hablamos de la duración de sus vidas, considero apropiado referirme en este punto a sus entierros, que acostumbra realizarlos como sigue. Cuando muere un pariente, cubren por completo su cadáver con flores y después lo transportan al lugar previsto para su entierro; tras depositarlo allí, y tras haber pronunciado el Sacerdote algunos exordios sobre la brevedad de la vida, recogen piedras de un montón reservado para este propósito, y el familiar más cercano es el que coloca la primera piedra sobre él, siguiéndole los demás sin detenerse hasta que han

cubierto por entero el cuerpo con las piedras, de forma que ninguna bestia salvaje pueda acercársele, y viéndose obligados a este pesado transporte por carecer de palas o azadones con que excavar la tumba, visto lo cual les hicimos entrega de un pico y dos palas. Tendría que añadir aquí la forma que tienen de cristianar a los niños, pero por no ser apenas diferente de la que se sigue en Inglaterra, que les fue enseñada por George Pine desde el principio y continuada después por ellos, me abstendré de referirme al tema. A nuestro regreso de la inspección del país, el viento resultaba desfavorable, así que, estando nuestra gente dispuesta a ello, llevamos todos los instrumentos cortantes a tierra y nos dedicamos a talar árboles, con los que, en poco tiempo, ya que sobraban manos para trabajo tan ligero, levantamos un palacio para William Pine, el Señor del país; un edificio que, aunque muy inferior a los caserones de vuestros gentilhombres de Inglaterra, empero no habían visto ellos nunca nada mejor, resultándoles un lugar auténticamente señorial. El Señor Pine no cabía en sí de gozo ante nuestra obra, agradeciéndonos un regalo al cual no sería nunca capaz de corresponder. En fin, procedimos a despedirnos, ya que estábamos decididos a marcharnos de la Isla en cuanto se presentase la ocasión favorable, y lo hicimos casi como si fuésemos sus vecinos de Inglaterra, de donde procedían sus ancestros. Él pareció disgustarse con la noticia de que lo abandonábamos, e insistió en que podíamos acomodarnos y permanecer más tiempo con él. Pero, al ver que no podía disuadirnos de nuestra marcha, nos invitó a cenar con él al día siguiente y así se lo prometimos. Luchando contra el tiempo, lo dispuso todo suntuosamente en nuestro honor, de acuerdo con su estado, esta vez atendido de una forma auténticamente real como nunca lo habíamos visto antes, tanto en lo referente al número de sirvientes como a la variedad de carnes que nos ofreció, de las cuales dimos buena cuenta. En cambio, no disponiendo de otra bebida para nosotros que no fuera agua, nos trajimos de nuestra nave un barril de aguardiente, invitándolo a que lo probara. Pero, nada más degustarlo, no pudimos persuadirlo de que volviera a catarlo, afirmando él que nunca lo convenceríamos de que lo saborease de nuevo, ya que prefería con mucho el agua de su país antes que cualquier otro licor del tipo que fuere. Transcurrida la cena, fuimos invitados a los campos a contemplar sus bailes tradicionales, que realizaron con gran agilidad de sus cuerpos y, aunque no tenían como acompañamiento más que su música vocal con la que algunos de ellos acompañaban las danzas, bailaron con mucho esmero, agradando bastante a todos los que los contemplamos. Al siguiente día invitamos al Príncipe William Pine a bordo de nuestra nave, donde no faltó nada en nuestras manos que pudiésemos ofrecerle para su divertimento. Se llevó consigo a una docena de servidores y quedó admirado por todos los aparejos de nuestro barco. Pero, cuando nos decidimos a efectuar una descarga con una o dos piezas de armamento, fue presa de tal asombro que se quedó estupefacto cuando contempló los extraños efectos de la pólvora. Más convencido que nunca de su dieta, no consintió en que indujéramos a ninguno de sus acompañantes a beber otra cosa que no fuera agua. Le ofrecimos varias otras cosas, de todas aquéllas que teníamos recambio, y que pensó que podían serles útiles de algún modo, recibíéndolas agradecido y asegurándonos su afecto sincero y su buena voluntad en caso de que regresáramos alguna vez por allí. Nosotros estábamos por fin decididos a desplegar velas al día

siguiente, con una buena ventolera de Sureste. Pero, cuando estábamos izando el velamen y levando anclas, nos vimos sorprendidos de repente por un ruido desde la orilla: era el Príncipe W. Pine, que imploraba nuestro socorro para enfrentarse a una insurrección que había estallado entre ellos, y cuyo causante era Henry Phil, el jefe de la tribu o familia de los Phils, descendiente del que George Pine había tenido con la mujer negra. El hombre había violado a la esposa de uno de los principales de la familia de los Trevors, quienes habían reunido a todos los de su tribu para entregar al culpable a la Justicia. Pero sabiendo él que el delito era tan grave como para merecer la pérdida de su vida, había tratado de defenderse por la fuerza ante tamaño e ilícito atentado, lo cual había llevado a toda la isla a un gran tumulto, por ser tan potentes las facciones en liza, y estando las diversas banderías tan enfrentadas las unas a las otras, que amenazaban con llevar al estado a su completa ruina. El Gobernador, William Pine, había mediado en el asunto, pero había encontrado ser su autoridad demasiado débil como para reprimir semejante desorden. Puesto que, toda vez quebrado el muro del Gobierno, cuanto peor es el criminal más poderoso se vuelve. Por todo ello requirió él nuestra asistencia, a lo que asentimos rápidamente y, armados doce de nosotros, bajamos a la orilla para sorprenderlos antes de luchar, pues poco podía hacer su desnudez frente a nuestras armas. Él mismo nos condujo hasta nuestro enemigo, comenzando por parlamentar e intentando ganárselo antes con buenas maneras que por la fuerza. Pero, al no conseguirlo, nos vimos obligados a hacer uso de la violencia. De aquí que Henry Phil, sin amilanarse, hiciera que los suyos se armasen de palos y piedras, sembrando tal revuelo entre nosotros que nos hizo dar en principio marcha atrás, lo cual les dio coraje para perseguirnos con gran violencia. Pero nosotros descargamos tres o cuatro fusiles y, cuando vieron heridos a algunos de los suyos, y en escuchando las terribles explosiones producidas, corrieron más deprisa de lo que habían venido. El bando de los Trevors que se había unido a nosotros los persiguió con arrojo, capturando a su capitán y regresando triunfantes para entregarlo al Gobernador, que se sentó para someterlo a Juicio, condenándolo a muerte, lo cual se ejecutó arrojándolo al mar desde una empinada roca, el único método que seguían, a excepción de la hoguera, para castigar a alguno con la muerte. Y entonces ya, por fin, pudimos despedirnos solemnemente del Gobernador y partir de allí, donde habíamos permanecido por espacio de un total de tres semanas y dos días. Nos llevamos con nosotros una buena provisión de carne de un animal que ellos llaman *Reval*, de un sabor algo diferente de la carne de cerdo o de ternera, pero muy agradable al paladar y extremadamente nutritiva. Nos llevamos con nosotros también unas aves que ellos llaman *Mardes*, del tamaño aproximado de un pollo y no muy diferente sabor. Tienen un vuelo ligero, pero son tan confiadas que se quedan en su sitio cuando vais a agarrarlas. El Gobernador nos envió también dos [bushels: medida de áridos] de huevos que conjeturo eran huevos de [Mards], de sabor muy jugoso y reconstituyentes [ftrenthening to the body]. El 8 de Junio divisamos Cambaia, una parte de las Indias Orientales, pero bajo el gobierno del gran Kan de Tartaria. Allí nuestra nave sufrió una vía, dañando gran parte de nuestras vituallas [Commodities] y nos vimos obligados a repararla [to put to Chore], poniendo en marcha la bomba [de achique] durante dieciocho días, lo cual, de habernos extraviado, nos habría llevado

inevitablemente a la muerte. Estuvimos otros cinco días reparando nuestra nave y secando algunos de nuestros aparejos hasta que, por fin, izando velas, tardamos algo más de cuatro días en llegar a Calcuta. Es esta ciudad el principal centro de mercancías y aprovisionamiento de todo el tráfico con las Indias, siendo muy poblada y frecuentada por mercantes de todas las naciones. Descargamos aquí gran parte de nuestras provisiones y adquirimos nuevas, lo que nos llevó un mes entero. Durante todo este tiempo, aprovechando los momentos de ocio, pude pasear para visitar la ciudad, que encontré ser bien grande y populosa, extendiéndose unas tres millas a lo largo de la orilla del mar. Hay en ella muchas de esas personas llamadas por ellos Bramanes, sus sacerdotes o maestros, a los cuales tienen en gran reverencia. Es allí costumbre que el rey ofrezca a algunos de estos bramanes el disfrute de su lecho nupcial, debido a lo cual, no son los hijos del rey, sino los de sus hermanas los que lo suceden en el reino, al considerárseles con más certeza poseedores de sangre real. Y estas hermanas eligen al caballero al que gustan de entregar su virginidad y si comprueban que, pasado cierto tiempo, no les ha dado un hijo, ellas mismas se buscan a uno de estos bramanes, que nunca fallan en su tarea de sementales. La población es tan civilizada como ingeniosa, y tanto los hombres como las mujeres afectan una majestad en sus maneras y atavíos, que endulzan con ungüentos y perfumes, ornándose con joyas y otros adornos que sirven de signo de su rango y calidad. Mantienen entre ellos muchas costumbres peculiares que observan escrupulosamente: por ejemplo, y en primer lugar, la de no reconocer a sus esposas hasta no haber tenido dos hijos de ellas; la segunda consiste en no abandonar su compañía si, pasados cinco años de cohabitación, no han obtenido descendencia de ellas, llevándose a cambio a otras a su lecho. En tercer lugar, no son en ningún caso recompensados por una hazaña militar si no aportan en sus propias manos la cabeza de un enemigo. Pero la más extraña, e incluso la más bárbara de todas consiste en que, cuando cae enfermo algún amigo, prefieren matarlo antes que verlo marchitarse con la enfermedad. De modo que, como vemos, hay poco empleo aquí para los médicos, ya que enfermar no dignifica otra cosa que marchitarse hasta que llega la muerte; o bien sea porque aquí la gente piense que es preferible matarse uno a sí mismo antes que dejarlo en manos de los doctores.

Tras haber despachado nuestros negocios y reparado nuestra nave, dejamos Calcuta y pusimos rumbo al mar, costeando varias de las islas pertenecientes a la India. En Camboya, me encontré con mi viejo amigo Mr. David Prire, que se alegró mucho de verme y al que di cuenta de nuestro descubrimiento de la Isla de Pine, en los mismos términos que he empleado en el relato que acabo de ofrecer. Se estaba él recuperando de una fiebre, ya que el aire del lugar no le resultaba saludable. Nos hicimos allí con una buena carga de aloes y otras vituallas, preparando la nave para nuestro regreso a casa. Tras cuatro días de navegación, nos encontramos con dos barcos portugueses procedentes de Lisboa, uno de los cuales había perdido su palo mayor en una tormenta, viéndose forzado a ser remolcado en parte por el otro. Tuvimos un buen tiempo durante once días, pero entonces, una tormenta de viento repentina dañó sobremanera nuestro equipo, llevándose consigo a uno de nuestros marinos desde el castillo de proa. El 5 de

Noviembre estuvo a punto de resultar fatal para nosotros, chocando por dos veces nuestra nave contra una roca y, por la noche, a poco de ser presa de las llamas, debido a la negligencia de un muchacho que dejó por descuido un candil encendido en el depósito de armas. Al día siguiente nos vimos acosados por un pirata argelino, pero la ligereza de nuestras velas nos permitió escapar de él. El primer día de Diciembre regresamos a Madagascar, donde pudimos hacernos de provisiones frescas y de agua. Durante nuestra estancia allí tuvo lugar un fuerte terremoto que derribó muchas casas. Las gentes del lugar son poco hospitalarias y trapaceras, y resulta bien difícil instarlas a traficar con otros pueblos. Y en esta ocasión, por haberles sobrevenido semejante catástrofe, se enfurecieron de tal modo contra los cristianos, a quienes imputaban ser causa de la calamidad, que atacaron a algunos portugueses, dejándolos malheridos. Nosotros, a la vista de su ominoso proceder, corrimos que nos las pelábamos y nos apresuramos todo lo posible por volver a alta mar. Navegamos hasta alcanzar la isla de Santa Helena y allí pasamos los días de Navidad, que fue muy celebrada por el Gobernador, súbdito del Rey de España. Y allí mismo nos aprovisionamos a voluntad de todo cuanto precisábamos. Pero, cuando ya estábamos a punto de partir, se dirigió a nosotros en un esquife desde Isla de Príncipe nuestro antiguo socio, el Señor Petrus Ramazina, que nos retuvo allí durante dos días más. Puesto que, tanto yo mismo como nuestro sobrecargo teníamos negocios urgentes que tratar con él, concernientes a esos asuntos de que os di noticia el pasado mes de Abril. No tuvimos sino que vernos reconocidos por su cortesía hacia nosotros, algo en lo que vos mismo bien sabéis que no escasea. El primero de Junio volvimos a largar velas con un viento agradable y propicio. Rozamos las Canarias, pero no nos retardamos en ellas, deseosos como estábamos de divisar nuestro país nativo. Pero los vientos se nos volvieron en contra durante una semana, hasta que nos vimos por fin favorecidos por una suave galerna que nos resultó muy provechosa, si bien nos vimos sorprendidos de nuevo por una posible amenaza: un marinero oteó desde el palo mayor a cinco naves que nos infundieron gran temor debido a nuestro rico cargamento, ya que no estábamos preparados para defendernos. Pero al abordarnos resultaron ser amistosos zelandeses. Tras otras muchas incidencias no dignas de notarse, llegamos por fin sanos y salvos a casa el 26 de Mayo de 1668. Y así, Señor, le he ofrecido una breve pero verídica relación de nuestro viaje, que yo mismo era el primero en desear realizar para así prevenir falsas copias que pudieran difundirse extenderse sobre sus circunstancias. En cuanto a la propia Isla de Pine, que fue la que me determinó a redactar esta relación, supongo que es materia tan extraña como para que algunos, aun siendo gente de conocimiento, y especialmente en una era como la nuestra, tan llena de descubrimientos, se resistan fuertemente a dar crédito a que tal lugar haya quedado ignorado durante tanto tiempo. Y más aún para muchos que yo conozco, tan incrédulos como para no dar fe a nada que no vean con sus propios ojos, haciendo uso de esa frase, proverbial entre nosotros, de que los viajeros deben mentir por ley y obligación. Pero al escribirle, Señor, no pido más que se me otorgue crédito, conociendo como bien sabéis mi disposición, que me hace odiar toda divulgación de falsedades. He de rogarle que comunique esta relación al Señor W. W. y al Señor P. L., recordándoles amablemente mi agradecimiento hacia ellos, sin olvidar a mis antiguos

conocidos, el Señor J. P. y el Señor J. B. Y sin nada más por el presente, salvo mi profundo respeto, quedando su seguro servidor y dignándome en la más preciada amistad que os profeso, Henry Cornelius Van Sloetten. A 22 de julio de 1668.

Postdata.

Tan sólo un detalle más concerniente a la Isla de Pine: me había casi olvidado de mencionar que llevábamos con nosotros a un irlandés llamado Dermot Conelly, que había residido anteriormente en Inglaterra y allí había aprendido el arte de tocar la zanfoña escocesa; y aun no siendo inglés y habiendo casi olvidado vuestra lengua, conservaba en cambio toda su habilidad con el instrumento, que llevaba consigo en el mar y con el que se deleitaba sobremanera. Estando un día en la Isla, comenzó a tocarla; pero habría provocado vuestra admiración el advertir el asombro de esas gentes desnudas, así como el largo tiempo que empleamos antes de convencerles de que no se trataba de una criatura viviente, a pesar de que pudieron palparla y hacerla sonar. Y todo eso tratándose de gente inteligente que conserva gran parte de la llaneza y las buenas maneras de la nación inglesa, aunque hayan tenido pocas ocasiones para desarrollarlas. En este respecto hemos de considerarlos afortunados, en que, poseyendo poco, disfrutan de todas las cosas contentándose con lo que tienen, convirtiendo en broma pesada esa fascinación por las riquezas que encontramos en los países europeos. Y no voy a extenderme más, que, con el tiempo, el mundo conocerá esta Isla más y mejor que todo cuanto yo pueda referir de ella. Sólo he de decir que se trata de un lugar enriquecido por la abundancia de la naturaleza, que no carece de nada de cuanto se precise para el humano sustento, tal que, si fuere trabajada por la agricultura y la jardinería como lo son otros de nuestros países europeos, sin duda los igualara, si no los excediera, sobrepasando a muchos que ahora damos por dignos de admiración.

FINIS